

Libro*

• José Luís Peixoto •

Cuando me convertí en padre de Lenin, dejé de necesitar explicaciones para conducir el coche. Constantino, atontado con Rusia, no era capaz de prever la existencia de automóviles. Su Citroën DS, boca de sapo, tenía casi mi edad. Antes, él no se cansaba de pulirlo y de repetir que era de 1975, de los últimos en ser montados. Yo detestaba los carros y, más aún, aquel carro viejo. Por eso, finalmente libre, aceleraba a gusto, metía el freno a gusto y metía mal las velocidades con satisfacción. Exhausto, el motor del Citroën DS hacía un ruido ronco que paralizaba a las personas en la acera.

Voyage au bout de la nuit fue el último libro que le presté a Sidonie. Yo tenía treinta y un años, ella era una senegalesa de treinta y cuatro. Nos conocimos en una fiesta de cumpleaños donde yo no conocía a nadie. Había ido con las trillizas que ya no estaban porque tenían la orden de llegar a su casa a las once y media. Fue ella la que me preguntó mi nombre. ¿Por qué será que esa tiene siempre que ser la primera pregunta? Respondí y, antes de que pudiera comentar, le pregunté su nombre. Aún a la defensiva, le pregunté si sabía que Sidonie era el primer nombre de Colette. Ella se me quedó viendo: ¿Colette? No sabía quién era Colette. Mi rostro se desmoronó de espanto. Intenté acordarme de algún título, pero nada. Fue entonces que Sidonie me dijo que no leía libros, no sabía escoger lecturas.

A partir de la semana siguiente, la educación literaria de Sidonie tuvo inicio: yo iba a su casa, apartamento de paredes finas en Clichy-sous-Bois, llevaba un libro y teníamos sexo; volvía luego de algunas semanas para que me devolviera el libro y teníamos sexo; a la semana siguiente, le llevaba otro libro y teníamos sexo; y así sucesivamente.

A lo largo de los años, Sidonie leyó: *Gigi*, Colette; *Le Rouge et le Noir*, Stendhal; *Le Dernier Jour d'un condamné*, Victor Hugo; *La Montagne magique*, Thomas Mann; *Lumière d'août*, William Faulkner; *Madame Bovary*, Flaubert; *L'Éducation sentimentale*, Flaubert; *Les Hauts de Hurle-Vent*, Emily Brontë; *Mrs. Dalloway*, Virginia Woolf; *Le Père Goriot*, Balzac; *L'Amant de lady Chatterley*, D. H. Lawrence; *Les Aventures de Huckleberry Finn*, Mark Twain; *L'Étranger*, Camus; *Bel-Ami*, Maupassant; *Les Frères Karamazov*, Dostoievski; *La Dame aux camélias*, Alexandre Dumas; *Portrait de l'artiste en jeune homme*, James Joyce; *La Philosophie dans le boudoir*, Sade; *Frankenstein*, Mary Shelley; *Germinal*, Zola; *Paris est une fête*, Hemingway; *Mémoires d'Hadrien*, Marguerite Yourcenar; *1984*, George Orwell; *Belle du Seigneur*, Albert Cohen; *Le Procès*, Kafka.

Y *Voyage au bout de la nuit*, Céline.

Creo que se quedó con una cultura novelesca razonable.

Dentro de los criterios formativos mínimos, la elección de los libros era también hecha de acuerdo a nuestros propios avances y retrocesos, a mis propias idiosincrasias. Cuando escogí el *Voyage au bout de la nuit*, pesó la grandeza que yo encontraba en la recepción de esta novela y de Céline, amado como izquierdista y odiado como antisemita, especie de demonio que los engañó al mostrarles cuánto se pareció a sus enemigos. No les gustó el reflejo en el espejo.

Mi error no fue haber escogido esa novela.

Sidonie me envió un mensaje que decía únicamente:

J'ai fini le livre hier.

Eran tal vez las siete, siete y media. Yo estaba en la sala, tumbado. Constantino insistía en un monólogo sobre el *czar* Alexander II. Le respondí también por mensaje, diciendo que salía dentro de unos minutos.

En los túneles, el Citroën parecía un león rugiendo. Subí al elevador de paredes rayadas. Intercambiamos algunas ideas sobre la novela y sobre Céline que fueron sustituidas, ya en la cama, por monosílabos sin definición en el diccionario, pero con tono expresivo.

Cuando caí de espaldas a su lado, nuestras respiraciones se suavizaron al mismo tiempo. Sidonie, vestida solo de la cintura para arriba, fumó un cigarro en la ventana.

Puse la novela en el carro sobre el asiento de enfrente. El carro olía a sexo. Era como si mi ropa hubiera sido sumergida en un tanque de sexo, como si yo hubiera sido sumergido entero en un tanque de ese aceite espeso. Giré la manivela para abrir el vidrio pero aun así, el aire no circulaba. Entonces, con la mano izquierda sujetando el volante, me estiré para girar la manivela de la otra puerta.

Fue ese el momento.

Todavía puedo sentir el volumen de aquel cuerpo en la lámina del carro. Es una sensación que forma parte de mí. No frené de inmediato. En la continuación del estruendo, el cuerpo subió por el capó del carro, donde se quedó encogido. Tenía el rostro de una mujer vieja, guardaba la expresión de agonia del instante preciso en que fue alcanzada por el carro. Frené y cayó lentamente a lo largo del capó, las piernas y los brazos sin fuerza. Yo respirando, corazón; y aún así, con una lámina de lucidez escupida en la cara, once horas y cuarenta y cuatro minutos, las luces de los faros deshaciéndose contra la noche, tal vez un grupo de *ivoiriens* en la esquina, tal vez personas inclinadas en las ventanas de los edificios. Venciendo el temor que me cubría, especie de neblina, di marcha atrás, el embrague, el acelerador, la palanca de las velocidades; me fui sin mirar el cuerpo de la mujer, pero viéndolo, imaginado, un bulto en el arcén de la carretera, pegado a la acera, sombra.

La novela se había caído del asiento.

La recogí cuando me estacioné en la cochera. Mis sienes vivas, yo, aquel lugar sobrepuesto por espectros de una calle desierta en Clichy-sous-Bois. Abrí la puerta y vomité.

Llegué a la casa, la televisión encendida, llegué a mi cuarto. Me dormí vestido sobre la cama hecha, con las palmas de las manos sobre el rostro.

Al día siguiente, desperté, busqué a mi madre por los pasillos y dije sí. Ella no entendió. ¿Sí qué?

Si vendíamos la casa, vendíamos también el carro, regalábamos esas latas a quien las quisiera. Mi madre entendía bien ese detalle.

En medio de la tarde, nervioso, telefoneé a Sidonie. Se sorprendió. Dijo que, por el momento, no necesitaba más libros, tenía que digerir la lectura de *Voyage au bout de la nuit*, pero se comunicaría conmigo. Cuando me preparaba para colgar, me contó que, el día anterior, habían atropellado a una mujer portuguesa a poca distancia de su casa. Electricidad a mi alrededor. Qué coincidencia, ¿no? Una portuguesa como tú. Sí, una portuguesa como yo.

Fui a internet y con dificultad descubrí una noticia de tres líneas: era una mujer de ochenta y un años, portuguesa, que hacía pequeños trabajos de costura en Clichy-sous-Bois.

La última vez que conduje el Citroën DS fue poco antes de volver a Portugal. La casa de París ya había sido comprada por una pareja de americanos que se maravillaron con cada palabra que salió de la boca del agente inmobiliario; ya habíamos llevado a Constantino al asilo y Cosme ya había firmado la escritura de nuestra casa en Portugal, esta casa. Yo estaba yendo a buscar el carro nuevo, dejar el viejo, cuando mi madre me pidió que si podía llevarla a donde había trabajado cuando llegó a Francia.

Un barrio residencial. Recargada en el portón, se inclinó buscando a la perra. El tiempo había pasado. Le sugerí que tocáramos el timbre. Tuvo un ataque de timidez, me lo impidió, creo que incluso se sonrojó. No quería, ni pensarlo. Sacó la cámara fotográfica de la maleta, Kodak Instamatic 50, y me pidió que le tomara una fotografía. Posó, niña de sesenta y tantos años. Tomé dos fotografías.

Fue solo después de que dejamos el Citroën y de que regresamos en el carro nuevo, olor intoxicante a nuevo, fue solo después de que entramos a la casa, que nos dimos cuenta de que la cámara fotográfica no tenía rollo.

* Éste es un fragmento del libro *Libro*, de José Luis Peixoto, publicado por Ediciones Arlequín en el año 2018. La traducción es de Diana Alcaraz.

